

REVOLUCIONES VISTAS POR LOS OJOS DEL "VIEJO JACOBINO"^{yy}

Ya en su primer libro: *Powstanie państwa polskiego na przełomie XIII i XIV wieku* («El origen del estado polaco a finales del siglo XIII y a principios del siglo XIV») (1954), Jan Baszkiewicz se nos presenta como un historiador que trata su investigación con mucha energía, escribiendo como un verdadero apasionado de la literatura. Además de una abundancia de material factográfico, encontramos en todos sus libros síntesis y reflexiones generales que, de forma sugerente, llaman la atención del lector hacia variados aspectos de los fenómenos descritos. Este temperamento histórico y literario de Baszkiewicz se manifiesta más claramente en las obras publicadas durante los últimos años: *Mysl polityczna wieków srednich* («El pensamiento político en la Edad Media») (1970), *Historia Francji* («La Historia de Francia») (1974, 1978), *Maximilian Robespierre* (1976), *Danton* (1978), *Rewolucja francuska 1789-1794. Spoleczenstwo obywatelskie* («La Revolución Francesa 1789-1794. La sociedad civil») (1983, con S. Mellers), *Ludwik XVI* («Luis XVI») (1983), *Richelieu* (1985). Estos libros van dirigidos a un espectro muy amplio de lectores y tal intención caracteriza todas y cada una de las páginas.

El ensayo *Libertad, igualdad, propiedad* (1981) resulta especialmente interesante en muchos aspectos. Rastreando los inecanismos sociales y políticos de una revolución - desde las guerras de los campesinos en Alemania hasta la revolución de febrero en Rusia - el autor presenta de forma sintética sus reflexiones sobre las crisis históricas y busca el sentido de tales crisis. En el capítulo «Los hechos» presenta de forma resumida el curso de los «ciclos revolucionarios» en la Europa moderna, América del Norte y del Sur, y Japón; describe sus avances, caracteriza a los protagonistas de los sucesos y enumera las consecuencias históricas. Se desenvuelve con especial soltura en los capítulos en los que interpreta estos hechos en el marco de una «anatomía de una revolución» específica. Aquí presenta los diferentes componentes de una revolución y sus interrelaciones, y medita sobre sus características y sus semejanzas. Encontramos reflexiones sobre numerosos puntos, entre otros: la necesidad de que se produzcan crisis sociales y políticas con anterioridad a las «situaciones revolucionarias»; el nacimiento de la conciencia revolucionaria; la importancia de los jefes y de las clases dirigentes en un proceso revolucionario; la significación de los proyectos revolucionarios; la violencia, el terror y el surgimiento de una cultura política. queda patente que, a la hora de atribuir distinta importancia a cada uno de estos puntos, el autor no ha tratado de ocultar sus preferencias. Extensos pasajes que se ocupan de la importancia de la clase dirigente de una revolución, su centro de operaciones, los partidos y los jefes, junto con abundantes ejem-

plos interesantes que echan luz sobre diferentes formas de proyectos revolucionarios y los mecanismos de unas revoluciones «ascendentes» y «descendentes», contrastan con la parquedad de sus reflexiones en torno a la conciencia revolucionaria, sobre la importancia de una ideología y la participación de las masas en los cambios revolucionarios. Sus observaciones sobre los dilemas contrarrevolucionarios de las clases altas y el hastío de toda la sociedad en el momento del viraje decisivo hacia la **revolución**, presentadas por Baszkiewicz de manera fascinante, parecen aún inacabadas e insuficientes. Atraen con destreza la atención del lector, tanto culto como profano, pero después dejan su interés insatisfecho.

Las reflexiones históricas de Baszkiewicz, y su atractiva presentación como ensayo, aseguran una buena acogida por parte del público. Al igual que sus biografías anteriores de Robespierre y Danton, el ensayo *Libertad, igualdad, propiedad* fue recibido con gran interés y atrajo gran número de críticas tanto favorables como desfavorables, pues plantea muchas cuestiones importantes. En este libro, Baszkiewicz manifiesta su posición en la polémica actual en torno a diferentes aspectos de la historiografía contemporánea, la sociología histórica e incluso la filosofía social. La lista de obras que intentan dar una estructura teórica al fenómeno de la revolución, sobre todo de la revolución burguesa, es cada vez más larga y no parece que los estudios ya clásicos de S.N. Eisenstadt, T. Skocpol, S.P. Huntington, Ch. Johnson, C. Brinton y muchos autores más, ni las síntesis analizadoras de I. Kramnick, G.P. Meyer o P. Zagorin, hayan pronunciado la última palabra sobre este tema. De la misma forma el interés por la génesis del capitalismo ha conocido un renacimiento. Las excelentes obras de A. Giddens, H.R. Trevor-Roper, K. Samuelson y I. Wallerstein presentan nuevos puntos de vista e incitan al debate. Y asimismo la psicología social contemporánea ha ampliado nuestro conocimiento de los movimientos sociales en masa, gracias a las interesantes ideas teóricas y las investigaciones empíricas de T.R. Gurr, N.S. Smelser, J.C. Davies, K. Keniston y otros.

Estos pocos ejemplos ya nos dan cuenta del interés inmediato y de la importancia de los problemas abordados por Baszkiewicz. Sin embargo, el autor de *Libertad, igualdad, propiedad* participa sólo en muy escasa medida en el debate con toda esta tradición de investigación. Pasa por alto o menciona únicamente de forma despreciativa las interpretaciones que difieren de las suyas, y evita las cuestiones que ofrecerían la posibilidad de citar las obras de otros eruditos. Quizá sea por

1 BASZKIEWICZ, J. «W sprawie teorii rewolucji». *Colloquia Communia*, 1983, 6(11), p.144

92 ello que se detecta una cierta superficialidad en sus reflexiones acerca de las funciones de la conciencia social en el proceso de los cambios revolucionarios. En el curso de la polémica que ha surgido en torno a su libro, el mismo autor ha reconocido la presencia de simplificaciones excesivas en este aspecto, pero lo justifica alegando el estilo parcialmente popularizador, de ensayo, de la obra. Críticos perspicaces observan, sin embargo, que ciertos defectos de forma y de sustancia no se pueden perdonar ni siquiera desde ese punto de vista liberal. Señalan, entre otras cosas, la ausencia de precisión en las definiciones y la falta de rigor al emplear aparatos teóricos (2), y critican igualmente la tendencia de Baszkiewicz a la hipóstasis y a las personificaciones que prescinden de las diferenciaciones internas de unas categorías fundamentales (por ejemplo la «burguesía») (3). Asimismo más de un investigador le ha censurado determinadas inexactitudes documentales (4).

Entonces, ¿por qué un historiador experimentado, anteriormente conocido como un medievalista serio y ahora considerado como uno de los mayores expertos en la historia de las doctrinas políticas y en la historia de Francia, ha producido una obra tan polémica al intentar realizar la síntesis de sus reflexiones? La esencia de esta cuestión se revela en las explicaciones del autor sobre el aspecto central de los problemas revolucionarios: el uso de la violencia y el terror revolucionario.

Según Baszkiewicz, nunca se dan cambios sociales profundos sin el uso de la violencia. El autor enfoca su atención sobre la parte organizativa e institucional de la lucha por el poder y se siente fascinado por el liderazgo centralizado. Sobre todo se interesa por las revoluciones que «llegan más allá de sus objetivos iniciales». Dedicó mucho espacio al esfuerzo de Robespierre y los jacobinos y subraya las ventajas de una dictadura revolucionaria con líderes fuertes. Pero al admirar los logros organizativos de un gobierno revolucionario que consiguió movilizar un ejército de un millón de hombres, «armar a esta masa humana y abastecerla con víveres» (p.252), y a la vez aseguró el trabajo y el pan a la población (p.82), Baszkiewicz exagera hasta cierto punto. Como observan los autores de una de las reseñas: «ante afirmaciones como 'los jacobinos aseguraron el trabajo y el pan', hay que saber distinguir entre las declaraciones y la realidad. (5). Las preferencias de Basz-

kiewicz pueden, en ocasiones, asumir formas impresionantes, como cuando trata de explicar determinados aspectos del gobierno del Gran Terror: «El régimen en las prisiones fue bastante liberal: los detenidos estuvieron en contacto entre ellos e incluso con personas del exterior» (pp.262-3). A fin de cuentas guardar a miles de víctimas inocentes del terror en celdas inhumanamente llenas e improvisar más y más prisiones no adaptadas a estos propósitos tiene poco que ver con una actitud «liberal». Pero eso no es todo. Según Baszkiewicz, los jacobinos no fueron responsables de la propagación del terror: «Las fases subsiguientes de organización e intensificación del terror 'institucional' se relacionaron estrechamente con el desarrollo de la contrarrevolución interna y externa y con la agitación represiva de las masas» (p.261). Parece que el autor no percibe las contradicciones inherentes en su razonamiento cuando, en otro lugar, afirma justamente lo contrario al decir que el paroxismo del Gran Terror de junio-julio 1794 coincidió con la disminución de las amenazas: «Desde diciembre de 1793, y sobre todo a partir de junio de 1795, estas amenazas empezaron a alejarse de Francia y de su revolución» (p.259). También se sabe que en esa época se produjo de forma creciente la indiferencia de las masas, la desilusión con los ideales revolucionarios y el miedo a los dictadores. Fue precisamente este «hastío de la revolución» que condujo a **thermidor** (la caída de Robespierre). Este fenómeno ha sido descrito por muchos investigadores, de modo que las contradicciones presentes en Libertad, igualdad, propiedad nos sorprenden e intrigan. Un historiador que se considera marxista no debería olvidar que durante el tumulto creado por la revolución el nivel de satisfacción de las necesidades materiales más urgentes de la población descende de una manera drástica (recordemos que, según Galtung, el empobrecimiento es una de las formas de violencia estructural); este descenso suele ser la razón del incremento gradual en el descontento de las masas con el nuevo gobierno revolucionario. Parece que para Baszkiewicz este proceso natural se explica por una conspiración reaccionaria y la influencia de la propaganda contrarrevolucionaria. Las explicaciones que atribuyen una fuerza causativa a una misteriosa «dinámica del proceso revolucionario» van más allá de la estructuración rígida de un proyecto mediocre (p.209), pero tampoco nos proporcionan nada nuevo. Y vienen a la mente otros muchos ejemplos similares.

Baszkiewicz es consciente de la ambigüedad de sus interpretaciones, y lamenta que «algunos representantes de la Convención en el departamento abusaran del instrumento del terror ... a veces cediendo ante sus propias inclinaciones de crueldad» (p.264). Pero por lo general no culpa al gobierno revolu-

2 SALMONOWICZ, S. Rewolty ludowe, rewolucje burżuazyjne, reformy odgórne, «Czasopismo Prawno-Historyczne», 1983, n.º 1

3 SOBOLEWSKI, M. Wyjatkı obalaja regule, «Tygodnik Powszechny», 1982, N.º 36.

4 GRINBERG, D. KOCHANOWICZ, J. y MELLER, S. Rewolucje burżuazyjne, «Przegląd Historyczny», 1983, N.º 4.

5 *Ibidem*, p.747.

cionario por los horrores del terror: «Su razón principal se debería de buscar en la expansión y fosilización de la burocracia bajo la dictadura de los jacobinos. (p.265). No obstante, no aprendemos por qué los dictadores perdieron el apoyo popular, y tampoco sabemos si se habrían podido evitar las distorsiones producidas por la propagación de la burocracia. Este proceso se ha analizado ya en bastantes ocasiones en la literatura especializada. M.N. Zald y R. Asch (6) lo conciben como una transición desde la realización de los principales ideales de un movimiento social hasta la consolidación protectora y pragmática de las estructuras del partido; o como una evolución desde los primeros intentos de cambiar un sistema hasta la fase posterior de conformarse a él. La tesis generalmente aceptada, de que la aparición del terror es un síntoma del fracaso de un proyecto de reconstrucción social, parece más convincente que las aseveraciones de Baszkiewicz. Cromwell y Napoleón son hijos legítimos de la revolución lo mismo que los idealistas de noble mentalidad de la época de la «fiesta revolucionaria». Conviene recordar, a este respecto, las clásicas observaciones de M. Weber, H. Blumer o H. Toch. Una tendencia fatal a la rutina y un incremento de la burocracia en un gobierno revolucionario parecen ser la norma, y no la excepción como sugiere Baszkiewicz.

Cuando Saint-Just se lamentó de que «todos los dogmas se han debilitado., posiblemente no se dio cuenta de que él también era culpable de tal estado de cosas. Para su mente, envenenada por la filosofía de la Ilustración y con una tendencia a la hipóstasis, esta depreciación de los valores parecía ser un fenómeno inevitable. No obstante, desde una perspectiva histórica sabemos que, en el contexto de la revolución, «ir más allá de los objetivos» normalmente significa prescindir de los objetivos principales y nobles. La demagogia de los jacobinos no era mejor que la demagogia de los hebertistas y dantonistas. Baszkiewicz las justifica citando las palabras de Dantón: «Seamos terribles para que el pueblo no tenga que serlo» (p.262). Sin embargo, estas palabras recuerdan, de manera inquietante, una famosa declaración de Andreas Bader, líder del grupo terrorista Die Rote Armee Fraktion, quien respondió a Sartre: «Puesto que una clase obrera no existe, nosotros tenemos que asumir temporalmente sus funciones.. Tal usurpación de la ley, en representación de la mayoría social, por parte de grupos fanáticos, partidos políticos o escuadrones militares rebeldes no justifica el terrorismo ciego, la organización de juicios falsos y los espectáculos sangrientos.

6 ZALD, M.N y ASCH, R. «Social Movement Organization: Growth, Decay, Change» («La organización de movimientos sociales: desarrollo, decadencia, cambio.»), en: *Social Forces*, 44, 1966, pp.327-341

A estos aspectos negativos de la revolución no se les dedica suficiente espacio en Libertad, igualdad, propiedad. Se dice poco acerca de las masas, sin cuya participación «la verdadera revolución no se puede llevar a cabo. (7). Subrayando la necesidad de «la estabilización de un proceso revolucionario», y evaluando «la capacidad de organizar un país capturado* (8) de las dictaduras revolucionarias, Baszkiewicz desdeña el hecho de que unido a estas palabras hay sufrimiento humano, injusticias legalizadas y numerosas víctimas. ~Indudablemente, la implantación de una dictadura militar y el saqueo de media Europa ha sido el método mejor y más digno de aplauso de cuantas se hayan descubierto hasta ahora para lograr la estabilización de una revolución burguesa., comenta sarcásticamente uno de sus críticos (9), avanzando, al mismo tiempo, la hipótesis de que «Las grandes revoluciones burguesas no pueden conseguir la estabilidad mediante el simple despertar de las aspiraciones radicales de las masas. Un período de inestabilidad continua produce el fenómeno del 'hastío de la revolución' descrito por Baszkiewicz, y como consecuencia el decaimiento del entusiasmo revolucionario y una nueva estabilización con escaso éxito a nivel del cesarismo (Cromwell, Napoleón)» (10). Esta tesis de S. Salmonowicz es convincente, y coherente con muchas investigaciones empíricas. Una obra interesante de P. Amann (11) demuestra, por ejemplo, la contradicción inmanente de una revolución que, a medida que se extiende, consolida en la sociedad la costumbre de rechazar obediencia a todo gobierno. Baszkiewicz sólo se ocupa brevemente de este problema; no hallamos en su libro una reflexión filosófica más profunda sobre la tragedia de los cataclismos sociales y la ambigüedad de sus efectos. Es una pena, ya que el tema del ensayo brindaba la oportunidad de mostrar una actitud humanitaria, de subrayar que tal postura no es simplemente «el esteticismo exagerado de unos intelectuales hipersensibles* (12). Al dar sentido a la historia asumimos, después de todo, una parte de la responsabilidad.

Baszkiewicz no oculta su preferencia por los jacobinos: «Soy un viejo jacobino., dice en una de sus entrevistas (13). Manifiesta su compromiso, pero también insiste en la importancia de la honestidad intelectual y el alejamiento del extremismo: «Un verdadero revolucionario no cree en el poder absoluto de

7 BASZKIEWICZ, J. en una entrevista publicada en *Tu i teraz*, 1982. n.º 28.

8 *Ibidem*.

9 SALMONOWICZ, S. *Op.cit.*, pp.256-257.

10 *Ibidem*, p.256.

11 AMANN, P. «Revolution: A Redefinition» («La Revolución: una redefinición»), en: *Political Science Quarterly*, 77 (n.º 1), 1962, pp.36-54.

12 SALMONOWICZ, S. *Op.cit.*, p.259.

13 *Cfr. Zdanie*, n.º 6, 1987.

la violencia* (p.279). Las dificultades que nacen de esta aspiración de conciliar un compromiso normativo con los requisitos de la minuciosidad y competencia científica se pueden observar en toda la obra. Ya aparecen en los primeros intentos de definir conceptos básicos. Volviendo a la tradición marxista, Baszkiewicz presenta, para el concepto «revolución», un significado «amplio» (un ciclo revolucionario) y un significado «restringido». Sin embargo, más tarde no logra respetar consecuentemente esta diferencia. Refiriéndose, en el capítulo «Los Hechos», al proceso revolucionario que consigue una duración de 200 años, no distingue entre una revolución y una reforma, reduce el contenido semántico de las categorías básicas y eclipsa la claridad de la reflexión. Su concepción tan imprecisa de lo que es una revolución recuerda la teoría de la Ilustración sobre el progreso, o una creencia romántica de que una revolución no es nunca una revolución reprimida. Incluso los comentarios sobre las definiciones causativas del concepto de una revolución, hechas por algunos críticos a base de las reflexiones del autor, no se pueden sostener. El concepto de «revolución desde arriba» que presenta Baszkiewicz parece adolecer de contradicciones internas y no cumple con las exigencias básicas de una definición.

De acuerdo con esta filosofía algo incoherente de la historia, «una revolución» interviene en la definición de los orígenes de la estructura capitalista, convirtiéndose así en un concepto excesivamente amplio y de escasa utilidad. Mientras tanto, hoy día varios investigadores han llegado a considerar la revolución burguesa en su significado restringido como un fenómeno bastante aislado; de hecho, estados italianos, germanos y escandinavos, además de otros muchos estados pertenecientes al Tercer Mundo, entraron en el curso del desarrollo capitalista como consecuencia de reformas. El concepto de «una revolución burguesa», al igual que, por ejemplo, el de feudalismo, sólo puede servir como un modelo representativo, un tipo ideal útil para entender fenómenos históricos, pero que carece de una definición realmente «clara». Como representante de una versión un poco anacrónica de la metodología marxista, Baszkiewicz no puede, desde luego, aceptar este punto de vista. Problemas relacionados con los conceptos básicos parecen estar unidos aquí a una determinada postura axiológica. «Una revolución» no puede definirse únicamente como un instrumento cognoscitivo útil, porque es, a la vez, un concepto específico básico con una función axiológica. Baszkiewicz, al igual que Lenin o Rosa Luxemburgo, considera que un «atajo revolucionario» es preferible a un intenso reformismo. La revolución se presenta aquí como un valor en sí, como la mejor forma de cambiar el mundo. Por este motivo las dificultades

del autor a la hora de caracterizar este concepto nos recuerdan un poco la Escolástica medieval, que descubrió que lo absoluto era difícil de concebir. Problemas semejantes se detectan también en otros elementos de esta metodología un poco simplista: la suposición de que la historia tiene un curso monolineal, una visión dualista de la lucha de clases. Un aparato teórico excesivamente generalizado registra pocos fenómenos interesantes (conflictos de generación y nacionalidad, conflictos entre ciudad y campo, centro y periferia, luchas entre fracciones y élites), e impone una visión simplificada de los acontecimientos. En la metodología se ha advertido a menudo del peligro de confundir las funciones «ideológicas» (críticas o emancipadoras) de algunas categorías marxistas (la esencia del hombre, el *total Mensch*, el comunismo, la alienación y la revolución) con sus funciones cognoscitivas. Baszkiewicz parece hacer caso omiso de estos avisos. Cita como afirmaciones de inquebrantable contenido científico y cognoscitivo opiniones discutidas de Marx y Lenin relacionadas con la filosofía normativa de la vida. Es principalmente por esa razón que se ve expuesto a las observaciones críticas de sus colegas.

Después de leer Libertad, igualdad, propiedad uno tiene la impresión de haber aprendido más sobre el concepto de la vida del autor que sobre el tema de sus reflexiones. Sus suposiciones cognoscitivas hicieron imposible que Baszkiewicz conceptualizase de forma teórica sus amplios conocimientos de este tema fascinante. Al no tener en cuenta los logros de eruditos de otras áreas, se autoexcluyó de la posibilidad de explicar determinados fenómenos de los campos de psicología social y sociología histórica. El torrente de polémica provocado por Libertad, igualdad, propiedad ha hecho que el autor reflexione sobre el tema de la revolución y lo examine desde otro punto de vista. Ello se desprende claramente de los fragmentos recientemente publicados del libro en preparación: **Francuzi 1789-1794. Studium swiadomosci rewolucyjnej** («Los franceses 1789-1794. Estudio de una conciencia revolucionaria») (15). Son sumamente interesantes y nos dejan esperar una exploración minuciosa del campo de conocimientos indicado en el título. Allí se recogen ciertas advertencias expresadas por Saint-Just: «Durante una revolución, donde la perfidia y la virtud tienen tanta importancia, es imprescindible formular todos los principios y definiciones con mucha claridad» (16). Sospecho que en esta ocasión Jan Baszkiewicz seguirá dicha directriz con particular firmeza y rigor.

14 Cfr. CZARNOŃA, A. y ZYBERTOWICZ, A. «Teoria rewolucji w powiækach», en *Colloquia Communia*, n.º 3 (8), 1983, p.141; SALMONOWICZ, S. *Op.cit.*, p.251.

15 BASZKIEWICZ, J. «Świat wartości i świat symboli», en: *Odra*, 3, 1986, pp.11-20.

16 *Ibidem*, p.15.